

LA SENSIBILIZACIÓN Y COHERENCIA AMBIENTAL EN LA FORMACIÓN DEL VOLUNTARIADO

José Gómez García
Javier Mansergas López

Enero 2003

José Gómez García, Javier Mansergas López
Son directores de la Escuela de Educación Ambiental Bosco. Godolleta-Valencia

Seguro que alguna vez en nuestra vida nos hemos comprometido voluntariamente, sin que nadie por tanto nos haya obligado, para hacer algo por mejorar nuestra relación con nuestro entorno. Y no decimos nuestro por un sentimiento antropocéntrico o de propiedad, sino porque nos sentimos parte integrante, en esa envoltura que da sentido a nuestras vidas. Solo al considerarnos una parte más, estamos dando un primer paso importante, ya que seremos capaces de valorar la gran capacidad del ser humano para transformar todo aquello cuanto toca.

Creemos que no hay mayor placer que actuar a favor de algo o alguien estando convencidos de que nuestro esfuerzo supondrá una aportación que, aunque no podamos cuantificar, si que nos hará sentir bien. Si además ese esfuerzo individual no ha sido fruto de una exigencia externa, es decir de una imposición, sino que nace de lo más profundo de nuestro interior, de esa llama que nunca se extingue pero que en muchas ocasiones hay que reavivar, podremos afirmar que nuestro propósito inicial se construye a partir de una base firme y bien cimentada. Así pues cuando nos proponemos el reto de colaborar activamente en la mejora y conservación de nuestro entorno, estamos afrontando con responsabilidad el presente y colaborando en la construcción de un futuro más sostenible.

Pero realmente un voluntario ambiental, ¿se plantea a priori estas consideraciones?, ¿su acción cotidiana se fundamenta sobre una base ética que entiende de forma distinta a la habitual la relación del hombre con el medio?, ¿su aportación responde a un proceso que tiene un principio pero no un final?, ¿evalúa el nivel de coherencia entre lo que predica y su comportamiento cotidiano?, ... O por el contrario el voluntariado ambiental se ha generalizado por nuestra necesidad de limpiar nuestras conciencias; o por el miedo a expoliar definitivamente los principales lugares de ocio y aventura de los que disfruta la población urbana; o por nuestra necesidad de sentirnos útiles y reconocidos ante una sociedad que prima, sobre todo en fechas muy significativas y de forma puntual, los actos benéficos y de cooperación.

Como dijo José Saramago *"Se llega a un punto en que no hay nada más que la esperanza, y entonces descubrimos que aún lo tenemos todo"*. Nosotros nos consideramos optimistas y confiamos en que algo se está moviendo en nuestra sociedad, y que el voluntariado ambiental es una manifestación palpable de un cambio de actitudes, de una revisión de nuestros valores, de la necesidad de plantear una nueva ética hombre-naturaleza. Pero el camino por recorrer es muy tortuoso, todavía quedan muchos aspectos por resolver, algunos puramente teóricos y otros que requieren una gran capacidad de autocrítica ante la cual no siempre estamos convenientemente preparados.

Tras lo expuesto, entendemos que una herramienta fundamental para dar coherencia al voluntariado y resolver muchas de nuestras dudas, será la de la formación.

Es cierto que hoy en día, basta acercarse a cualquier tertulia, medio de comunicación para que en el momento en el que se comienza a analizar un problema derivado de la propia idiosincrasia humana, aparezca la educación - formación, como panacea, receta, hacia la solución del conflicto. Formación que metodológicamente todo el mundo define con palabras grandilocuentes como: participativa, activa, directa, multidisciplinar, integradora,...

La formación tal y como la entendemos suele aplicarse fundamentalmente a grupos cautivos (escolares, grupos empresariales) relegando por tanto el proceso formativo a un grupo muy reducido y definido, con la esperanza de que cuando éstos puedan participar, decidir e involucrarse, resuelvan eficazmente los problemas presentes y futuros. Así pues olvidamos que los jóvenes, adultos y jubilados, cada día más jóvenes y más longevos, son los que en estos momentos están en disposición de cambiar formas, modos de actuar, a través de la adquisición de nuevos conocimientos.

Siguiendo este discurso y apoyándose en el punto XIII de la Estrategia Mundial para la Conservación de la Naturaleza, el cual proclama que la participación y la educación son el soporte necesario para la conservación de los espacios naturales, de tal forma que *"habrá que transformar el comportamiento de la sociedad si queremos conseguir los objetivos de la conservación"*, debemos concluir que el voluntariado ambiental necesita y debe formarse.



Para un educador o formador de voluntarios/as, a priori puede parecerle sencillo desarrollar el proceso formativo, ya que los protagonistas están motivados, con lo cual "sólo" le falta al docente desarrollar su capacidad para transmitir, asombrar, atrapar; por no hablar del diseño curricular del plan formativo ni de las finalidades educativas y objetivos que persigue.

Damos por hecho que el proyecto de Voluntariado Ambiental surge de una "necesidad", y es él mismo el que genera la necesidad de aprender para comprender, de generar nuevas claves de interpretación y de pasar a la acción.

Nuestro proyecto debe tener clara la finalidad educativa que persigue, y ésta debe ser la de avanzar hacia el desarrollo sostenible tal y como lo recoge Joha Sipilä del Consejo Metropolitano de Helsinki, cuando define desarrollo sostenible como *"aquel en el que se utilizan nuestras ilimitadas capacidades intelectuales en lugar de nuestros limitados recursos naturales"*. Pero esto sólo es el principio, ya que los diferentes programas tendrán que adaptarse a la realidad social, económica, cultural y natural del territorio donde se interviene y, por ende, a las características de los voluntarios/as que intervienen.

Creemos que se deben unificar una serie de ideas que permitan alcanzar un proceso formativo, donde día a día se perfilen, amplíen y modifiquen contenidos, procedimientos y actitudes (valores).

Así pues la formación ambiental se presenta, en este momento, como un instrumento que permitirá desarrollar plenamente la participación ciudadana.

En el ámbito formal el voluntario ambiental nunca debe olvidar que también es un educador ambiental desde el instante en que suministra información y propone comportamientos y actitudes ante el medio a los usuarios del mismo. Así pues su actuación como educador debe regirse siguiendo las bases metodológicas que caracterizan un programa de Educación Ambiental.

Pero un educador aprecia en verdad que ha llegado a comunicar cuando realmente se involucra, cuando sus propias acciones exentas de contenido pero repletas de sentimiento calan en la gente que le rodea. Realmente a través de nuestros actos estaremos enseñando algo que no se aprende, sino que debe descubrirse personalmente: la necesidad de valorar la vida y todas sus manifestaciones. Esto requiere, como decía anteriormente, un continuo proceso de autocrítica y evaluación, reconociendo nuestras limitaciones, pero asumiendo que no podemos ser ambientalmente coherentes sólo en ocasiones puntuales, y que además durante este proceso el único premio, valoración o reconocimiento que recibiremos será el de sentirnos satisfechos de nosotros mismos.

*"La participación voluntaria viene definida por la motivación y la coherencia. Motivación para aprender y poder desarrollar en nuestra intervención diaria la posibilidad y necesidad de aplicar lo aprendido. La coherencia generada por el carácter solidario y comprometido, donde existe una relación coherente entre lo que se piensa (dice) y lo que se hace"*¹

¹ Paco Heras. Congreso Nacional de Educación Ambiental "20 años después de Tbilisi". 1997